## ¿Qué significa ser profesional?

## Por: Héctor Fernando López A.

Después de contemplar durante todo un día el azul del mediterráneo con sus tranquilas aguas que se pierden en la inmensidad de lo lejano, y de experimentar su mágico efecto, llegué una noche a mi habitación y, al revisar el correo, lo primero que encontré fue un mensaje de los estudiantes de la escuela de economía. Por algún tiempo había olvidado mis responsabilidades académicas ensimismado por ese ambiente tranquilo que reconcilia a los espíritus serenos con la paz, y los invita a reflexionar en ese trance casi místico que Platón denominó como el mundo suprasensible. Han pasado más de tres meses desde que comencé mi comisión de estudios y en todo ese tiempo no he hecho otra cosa que contemplar la ciudad de Valencia, mirar el hermoso cielo español en el que difícilmente se puede hallar una nube y leer algunos buenos libros. Y este es quizás el mayor encanto de la ciudad: las librerías, donde uno podría pasarse horas y días enteros apreciando aquellas magníficas ediciones y, aún así, no podría enterarse nunca de todos los títulos que reposan en su anaqueles. El mensaje de los estudiantes me recordaba que sigo perteneciendo a una entidad, y que, en mi calidad de comisionado, tengo tanto o más responsabilidad con la comunidad académica que un profesor activo. La pregunta que me formularon los estudiantes, ¿qué significa ser profesional?, ejerció un efecto magnético en mi pues era una invitación al diálogo y al arte de la conversación que tanto significado tenía para los antiguos, pero que hoy, por el desarrollo mismo de las profesiones, ha caído en el más absoluto olvido. La pregunta me recordaba que la manera más elevada en que se relaciona el hombre con el mundo radica justamente en el preguntar. Un preguntar que hoy resulta ridículo, aún dentro de aquellos ámbitos destinados supuestamente a pensar como la universidad, porque todo el mundo anda ocupado en procurar un efecto sobre el ente: producir, actividad que permite alcanzar la máxima certeza en relación con el mundo. Pero los que preguntan no aman la certeza y se sienten atraídos por el abismo: no buscan un efecto de dominio sobre el ente, llámese ciencia, poder, éxito o dinero, porque saben que en el pensar auténtico no es posible un representar inmediato de algo presente ante las narices.

Si en los comienzos de la cultura el pensar tuvo como fundamento el *asombro* de que un algo, una cosa, un ente, estaba ahí, en la sociedad de hoy ese fundamento se ha trocado en su contrario: el *espanto*, la conciencia de que el hombre es una criatura lamentable capaz de exterminarse así misma. ¿Pero qué tiene que ver el espanto con el ser profesional? ¿Acaso la *realización* del hombre en la sociedad industrial no es llegar un día a ser profesional? ¿No representa una de las metas más anheladas? No podemos, por lo tanto, eludir la pregunta de los estudiantes. En la antigua Grecia existían filósofos, poetas, sofistas, grandes políticos como Pericles pero profesionales no se conocían. Lo mismo sucedió en la Edad Media donde los papas, los cardenales, los curas, los frailes, los capuchinos, las monjas y los monaguillos eran muy populares pero de profesionales nadie oyó hablar jamás. El término profesional tal y como nosotros lo conocemos es una invención de la época moderna. Su origen está relacionado con el movimiento de la Reforma protestante que lideró Martín Lutero pero allí la profesionalización del trabajo aún conservaba una connotación religiosa. La figura del profesional nace del proceso de secularización en el cual la imagen religiosa pierde su fuerza interpretativa del mundo como fundamento de la verdad y da paso a una imagen científica y técnica. En la figura del profesional se conjugan dos circunstancias estrictamente modernas: la racionalidad cartesiana de la certeza de sí[[1]](#footnote-2) y el paso de la profesión protestante a la profesión industrial.

La definición del profesional queda circunscrita, en consecuencia, a la visión científica y técnica ligada a la lógica del capital para quien el ente solo representa una cualidad: ser un *recurso productivo*. Desde entonces alcanzar la *máxima productividad* en el *menor tiempo* posible se convirtió en la nueva religión de los hombres. El acortamiento del tiempo no es, sin embargo, una invención moderna. Proviene de los textos apocalípticos de la tradición judeo-cristiana y su propósito es abreviar las tribulaciones de los creyentes antes del fin del mundo. En Corintios 7, 29 se lee: “Os digo, pues, hermanos: el tiempo apremia”. En 1866 el ingeniero Siemens hablaba de la aceleración constante del desarrollo expresada en la ley del acortamiento de los ciclos evolutivos del progreso. En los antiguos se acorta el tiempo merced a un acontecimiento: el fin del mundo; en los modernos el tiempo permanece igual, lo que se acelera es la sucesión de innovaciones y acontecimientos jalonadas por el progreso científico-técnico. Para las grandes figuras de la ilustración las expectativas cristianas de salvación no discurren en el más allá sino en el mundo. El proceso refleja el tránsito que va de la escatología, el advenimiento del fin del mundo, hacia el progreso interpretado como la realización de la libertad en un plano intramundano.

Lo profesional quedó circunscrito a la productividad: el hombre dejó de entregar su alma a Dios para dársela al capital. Ser profesional significa entonces alcanzar el valor supremo: ser productivo. Toda acción que intente ir más allá de la productividad carece de sentido: es improductiva. Aquí se abre un interrogante: ¿Qué pasa con lo improductivo? Lo improductivo es lo que carece de sentido precisamente por no derivarse de allí ninguna utilidad. Lo improductivo es la nada de la productividad y no se deja someter al dominio de lo productivo. Y al ser declarado un anti-valor el capital pasa factura a la osadía de quien pretenda sobrepasar su límite. La estructura de la conciencia moderna establece una clara distinción entre productivo e improductivo, útil e inútil, eficaz e ineficaz, e impone una camisa de fuerza al individuo mucho más represiva incluso que la de la santa inquisición, solo que la dominación se ejerce ahora desde una dimensión inconsciente. El hombre de hoy, como dice Ernest Junger, no diferencia entre libertad y obediencia y toda su psicología ha quedado reducida a participar en el juego. Más allá de la cultura de los negocios la vida, la historia, la conciencia, el sentimiento, pierden todo significado. ¿Qué pasa entonces con lo no productivo?. Solo existe lo objetivo-rentable y más allá no hay nada.

La sociedad ha venido *transformándose,* por consiguiente, desde aquella imagen que tenían los hombres de sí mismos de estar cerca de los dioses, y que tuvo como fruto la creación de la filosofía, la tragedia y la ciencia antigua, hasta aquella otra con la que sueñan millones de seres en el mundo: ser las tuercas de un complejo engranaje. Cuanto más se aleja el hombre de la esencia de sus facultades intelectuales y transforma esa energía en disposición técnica tanto mejor profesional es. Tanto más degradante y estúpida es la actividad que desarrolla, piénsese en los modelos publicitarios, las comentaristas y narradores deportivos, los animadores de televisión, etc., solo para citar algunos ejemplos, tanto más remunerado es el profesional. Allí donde los valores de la sociedad industrial suprimen la diferencia entre ser y éxito –Borges decía que ser en la sociedad de hoy es “ser retratado en un periódico”- desaparece la necesidad del preguntar. La figura de más prestigio en una empresa, el ejecutivo, no piensa, ejecuta. La cultura deja de ser una necesidad del alma, de atribuirle sentido a las cosas, y se convierte en una pasatiempo, en algo ligero, efímero, vacío, inocuo, fútil, cuyo propósito es matar el tiempo, es decir, el ser. El conocimiento no se experimenta como búsqueda de sí mismo y del mundo, y adopta la forma de una prostituta: se vende al mejor postor. Solo reducido a ser una pieza bien aceitada del monstruoso organismo se *es*. Solo empequeñecido a su imagen de disposición técnica alcanza su más sentido objetivo: ser profesional. El capital es Dios y el único impulso divino es ser a su imagen y semejanza. Quizás nunca haya existido una figura más grotesca que la del tecnócrata: despojado de espíritu se cree, no obstante, el dueño del mundo. Cuando Oscar Wilde dijo “el medio más seguro de no saber nada de la vida es intentar hacerse útil” no lo decía en broma. La imbecilidad es el sello de la época. Y quienes aspiran a esta marca como el valor supremo se hacen partícipes de los hechos y responsables de sus consecuencias.

Quien no tiene autonomía carece de entendimiento y se convierte en garantía de eficacia. Independiente y autónomo es únicamente aquel ser que se tiene así mismo y no puede ser ni medio ni objeto de otro. Ser profesional es ser el medio a través del cual el capital realiza su orgía rentística y persigue sus siniestros fines. La existencia profesional es una existencia para otro y esta negación de la esencia se experimenta como éxito. Los predicados que definen al capital son los mismos que definen al ser profesional: el olvido del ser trasmigra al mundo de la vida como ideal supremo. La acotación de lo profesional referido a la utilidad borra las diferencias de la singularidad humana y las transforma en una única cualidad: ser capital viviente. En la medida en que el ser transforme su energía vital en energía productiva, borre progresivamente aquellas singularidades que definen su condición de mortal y se asemeje cada vez más a una máquina, tendrá mayores posibilidades de éxito. La *des-humanización* se transforma, de este modo, en un valor con el que se esculpe el perfil del ser profesional.

Quienes preguntan no se sienten los amos ni desean manipular y dominar al mundo. Solo aspiran a *ser* y a que las cosas *sean*. Rehusan aquel movimiento apropiador-exterminador que ha desencadenado la violencia del frenesí por lo gigantesco bajo la apariencia de grandeza. Y al contemplar los resultados de este proceso no pueden menos que mirarlos con *espanto*. La *des-humanización* de la civilización industrial cubre un amplio espectro: va desde la transformación del hombre en una tuerca hasta la muerte física de miles de personas en cualquier parte del planeta. Sabido es que los profesionales mejor pagos, aquellos que egresan de las prestigiosas universidades americanas y europeas, están vinculados mediante programas que financian la investigación tanto en ciencias puras como en ciencias sociales a la industria armamentística. Irónicamente las últimas guerras se han llevado a cabo en nombre de la humanidad y de la paz universal solapando su verdadero rostro: las campañas de expansión imperialista. Fue en nombre de la paz mundial, y no de otra causa, que Bush invadió a Irak. Con un argumento ético-humanitario procedió a ejercer el control de una zona estratégica del mundo. ¿Cuál fue la clave del éxito?: el poder ejercido sobre el desarrollo científico-técnico sustentado en la división de las profesiones. Ya lo decía Proudhon: el que dice humanidad engaña. En el siglo XVIII el concepto humanitario de humanidad emergió como una negación del ordenamiento aristocrático-feudal existente. La humanidad tenía para el liberalismo un carácter universal que suponía la desaparición de las guerras. La idea de la liga de las naciones, que en sus orígenes se opuso a la liga de los príncipes, ha asumido en la práctica el carácter de una expansión del poder político y probablemente nada haya tenido que ver con la idea original de contribuir a la paz perpetua. Ha servido más como instrumento ideológico de las naciones más poderosas que como portavoz de una idea de humanidad en el sentido ilustrado. Y es aquí donde radica el carácter esencial de la época moderna: la expansión del poder que asume el carácter de amigo-enemigo se camufla ahora en una ideología liberal que utiliza términos como democracia, igualdad, libertad, humanidad, crecimiento, prosperidad, progreso, etc., para alcanzar los objetivos más siniestros y los presenta como el ideal humano. Los colectivos que no se dejan someter a este ideal y reivindican sus propias creencias y sus propios derechos son señalados como *terroristas*.

. La muerte con el más macabro de sus rostros tiene que incorporarse a la historia de la industria y de la racionalización de las profesiones. Quienes emplean su inteligencia en la construcción de un arma mortal o en diseñar, aplicar y divulgar sin ninguna distancia crítica aquellos planes macroeconómicos que se aplican en el tercer mundo, y que conducen a la muerte lenta pero inexorable de poblaciones enteras, tienen una elevada cuota de responsabilidad Y a esta historia algunos se empeñan en llamarla todavía *progreso*. Solo se mira una cara: la de los avances profesionales jalonados por la ciencia y la técnica. Pero de sus consecuencias no se dice una palabra. Y por aquello que permanece oculto es por lo que debemos preguntar. El horror no terminó con la muerte de Hitler ni de Stalin. Por lo menos las espeluznantes escenas de la posguerra en Irak, las masacres del poderoso ejército de Israel en Palestina y los suicidas palestinos que tienen como objetivo a la población civil israelita, por no hablar de la tenebrosa guerra que se libra al interior del país, así nos lo hacen pensar. El cambio más visible en el paisaje humano en todas aquellas partes donde la tecnología de la muerte deja su huella ha sido el súbito aumento exagerado de plagas de parásitos que proliferan en la descomposición de los cadáveres. Nossack, uno de los pocos escritores que se atrevieron a rememorar el pasado, escribió: “Ratas y moscas dominaban la ciudad. Insolentes y gordas, las ratas correteaban por las calles. Pero todavía más repugnantes eran las moscas. Grandes, de reflejos verdes, como no se habían visto nunca. Daban vueltas como grumos por el asfalto, se posaban en los restos de pared copulando unas sobre otras y se calentaban, cansadas y hartas, en los cristales rotos de las ventanas. Cuando no podían volar ya, se arrastraban detrás de nosotros a través de las hendiduras más pequeñas, lo ensuciaban todo, y sus susurros y zumbidos eran lo primero que oíamos al despertar”. Pero las consecuencias del progreso han ido todavía más lejos. Algunos testimonios señalan que 20 años después de que E.U dejara caer la primera bomba atómica en Hiroshima muchas de esas personas no podían emitir una sola palabra de lo que vieron ese día. ¿Quién se hace responsable de esta hecatombe moral? Este solo hecho superó la capacidad del arte para poder ser representado. William Golding escribió: “Las experiencias de Hamburgo y Belsen, de Hiroshima y Dacha, rebasan nuestra imaginación. Hemos ido a la guerra y hemos superado una y otra vez cualquier posible descripción. Se trata de acontecimientos comparables con los agujeros negros del espacio. Nada puede salir de ellos para relatarnos cómo era su interior. Eran como eran y, al mismo tiempo, no ha habido nunca nada parecido a ellos. Nos hallamos ante una laguna histórica. Hemos descubierto el límite de la literatura”. Resulta espantoso constatar que hoy se levanta una época de prosperidad sobre un cementerio, y donde las nuevas generaciones apenas han escuchado alguna vez hablar del holocausto, ven las noticias sobre la guerra, el deporte y la farándula, mientras sus vidas transcurren entre los estudios técnicos, las conversaciones sobre el fútbol, la moda, los teléfonos celulares y el lucimiento de cortes de cabello y trajes, por lo demás, estrafalarios.

Es en el arte donde mejor se captura la mueca de espanto ante el horror de la vida. Tal vez sea en la obra de Francis Bacon donde el hombre moderno pueda contemplar mejor su imagen en aquellas bocas abiertas de figuras anónimas, atormentadas y ridículas, en cuyos trazos, que las envuelven como queriendo representar las jaulas de la tortura, aparecen cuerpos inflamados por los efectos de la muerte y de la codicia. En ella todo el sufrimiento de la tradición cristiana se hace patente: los cadáveres humanos y las figuras de Jesucristo colgado como un cordero en la carnicería revelan la mortalidad del hombre sin ninguna posibilidad de redención. Sus cuadros han sabido captar la nada vacía del progreso: son la imagen viva de la bestialidad humana. ¿Podemos desligar acaso todo esto de la pregunta que interroga por el sentido de ser profesional?

1. No existe profesional de la medicina, del derecho, de la economía, o de cualquier otra área de la ciencia, que no tenga la más leve duda acerca de su disciplina. [↑](#footnote-ref-2)